

JEAN-FRANCOIS  
REVEL

## *Nacionalismo y democracia*

**L**a preponderancia de la nación sobre la institución internacional es un tema común al gaullismo y a la izquierda jacobina. En la campaña del *no a Maastricht*, se ha ampliado con otra idea: la nación es la democracia. Philippe Séguin, en su *Heure de vérité* del 27 de septiembre, ha insistido sobre esta ecuación.

La ecuación es, ciertamente, oportuna en ciertos casos: así ocurre cuando la lucha por la independencia nacional se confunde con la lucha por el restablecimiento, la conquista y conservación de la democracia. Es el nacionalismo de liberación. Pero existe igualmente un nacionalismo de dominación y opresión, que causa, por ejemplo, la actual guerra en Bosnia o sirve de pretexto a innumerables dictaduras que a lo largo de la historia se han considerado como *salvadoras de la patria*. No hay que olvidar que por todo el mundo, y en particular en el tercer mundo, el nacionalismo segrega un delirio de superioridad tragicómica y una ceguera de sí exclusivos del espíritu crítico, y en consecuencia del progreso.

Curiosamente, es el peligro que ya señalaba el siglo pasado Ernest Renán, muerto en 1892, precisamente hace cien años. El mismo debate que nos divide le opuso a los intelectuales alemanes tras la derrota francesa de 1870. Combatiendo la concepción alemana de la nación fundada sobre el derecho de sangre, aboga por un nacionalismo de civilización, valor universal, y por patriotismos de complementariedad mutua. *Una nación que se encierra en la pura consideración de su propio interés, escribe, pierde su papel general. Por lo tanto, el patriotismo se convierte en local, naciendo el peligro de un*

*«Falta que la mayor ganancia de la construcción europea sea el librarnos del nacionalismo cerrado y hostil que ha marcado nuestras historias desde hace doscientos años.»*



*cesarismo de baja época.* Renán llega a preconizar una Europa política con —claro está— un Parlamento europeo. Una Europa en la que la función principal fuese, en su espíritu, impedir la hegemonía de una nación sobre las otras. Ahora bien, ¿qué es nuestra comunidad europea en 1992 sino una reacción contra las sucesivas tentativas hegemónicas de la Alemania nazi y de la Unión Soviética? Conservemos en la memoria estas grandes lecciones de los siglos xix y xx. ¡No, la nación no es en sí misma la democracia! Frecuentemente ha conducido a

**«Ser uno mismo es un derecho y una fuerza. Imaginarse estar solo para merecer este derecho es un signo de debilidad. No es, de todas formas, la base de la democracia.»**

lo contrario. Precisamente la construcción europea proporciona un marco institucional y un conjunto asociativo que obligan a cada país miembro a mantenerse democráticos sin dejar de ser ellos mismos. Pero digámoslo con toda franqueza, también hay que condenar el vehemente sectarismo de algunos promaastrichtianos que no oponen ninguna objeción y que pretenden imponer el silencio a la inteligencia crítica. Si debemos reemplazar un nacionalismo donde era un sacrilegio discutir la política de su país por un europeísmo donde será una infamia blasfemar contra la Comisión o el Consejo, ¡no, mil gracias! Este chauvinismo eurólatra es tan estúpido como el más caricaturesco egocentrismo nacionalista. ¿Cómo podrá vivir Europa si a unos ciudadanos habituados desde hace tiempo a discutir los proyectos de ley o las decisiones de sus respectivos gobiernos ven cómo se les niega esta posibilidad desde el momento en que se trata de Bruselas? Es inconcebible.

Falta que la mayor ganancia de la construcción europea sea el librarnos del nacionalismo cerrado y hostil que ha marcado nuestras historias desde hace doscientos años. La unidad europea nos ha despojado de esa herida pútrida que era el menosprecio cultural del vecino. Ser uno mismo es un derecho y una fuerza. Imaginarse estar solo para merecer este derecho y creer que únicamente se puede conservar en la soledad es una debilidad, o un signo de debilidad. No es, de todas formas, la base de la democracia.